

NUEVAS LECTURAS DEL «CASO HEIDEGGER».

HOLGER ZABOROWSKI, «Eine Frage von Irre und Schuld?» *Martin Heidegger und der Nationalsozialismus*, Fischer Verlag, Frankfurt/M., 2010, 794 pp.

ALAIN BADIOU / BARBARA CASSIN, *Heidegger. El nazismo, las mujeres, la filosofía*, trad. Horacio Pons, Amorrortu Editores, Buenos Aires/ Madrid, 2011, 96 pp.

La literatura sobre «Heidegger y el nazismo», «Heidegger y la política», y sus posibles variantes y derivados, ha proliferado hasta convertirse en un campo de estudio propio. Aun en fecha reciente han podido ver la luz además nuevos documentos sobre la implicación política del filósofo, de los cuales tal vez los más destacables sean las cartas a su esposa y el volumen de documentación aparecido en el marco de una de las varias publicaciones periódicas dedicadas a su pensamiento¹. Los trabajos que aquí se reseñan están ligados precisamente a la aparición de estas nuevas publicaciones. En primer lugar, el de Alain Badiou y Barbara Cassin debía servir en su origen como prefacio a la traducción francesa del mencionado volumen de correspondencia. Sin embargo, disputas jurídicas motivadas por los herederos y dueños de los derechos condujeron a que la edición ya impresa y en circulación fuera secuestrada, el prefacio censurado y los ejemplares que aún contenían ese prólogo fueran destruidos (señalando una vez más, como comentan no sin cierta ironía sus autores, «la vieja alianza entre la familia y la propiedad», BADIOU/CASSIN, p. 29). Aquel prólogo censurado, titulado originalmente: «De la correlación creadora entre lo Grande y lo Pequeño», aparece ahora ampliado en forma de libro. Por otro lado, la monografía de Holger Zaborowski condensa un intenso trabajo con la

documentación y los textos del filósofo, así como con otros materiales pertenecientes a la época, algunos de los cuales (v.g. el texto del seminario sobre «la naturaleza, la historia y el Estado» de 1933/34, publicaciones sobre Heidegger de los años 30, documentos de archivo y correspondencia) fueron compilados y editados por él y Alfred Denker en el volumen IV del *Heidegger-Jahrbuch*.

La obra de Zaborowski presenta el que quizás sea el retrato más completo y detallado de la implicación política de Heidegger durante el nazismo que se haya publicado hasta la fecha. Su principal logro, y lo que la convierte en una referencia inexcusable para todo el que pretenda adentrarse en esta problemática, consiste en haber expuesto en toda su amplitud y con todas sus dificultades, sin intento alguno de limar las aristas o de dulcificar el discurso de Heidegger, los elementos de discusión necesarios para plantear siquiera la cuestión con el rigor exigido y de la mano de los documentos y las fuentes. Con ello, a su vez, no hace sino dar cuenta de la complejidad del problema que plantea la implicación política del filósofo: la más inmediata literalidad de algunos pasajes de sus escritos, así como otros textos vinculados a su docencia y a su actividad burocrática y académica, impiden la disculpa indolente de la inutilidad práctica, en lo mundano, y por tanto también política que, según se ha pretendido, habría de ser connatural a la figura del filósofo. Además, en el discurso del rectorado, paradigmáticamente en este escrito, pero también en los textos de algunos de sus seminarios y charlas —y aun a pesar de los problemas filológicos y crítico-textuales inherentes a la transmisión de estos últimos—, se constata una cierta voluntad por parte de Heidegger de vincular positivamente su filosofía al acontecer político, por lo que tampoco parece posible afrontar el denominado «caso Heidegger» desvinculando la decisión del ciudadano particular de su actividad filosófica y su trabajo intelectual. Aquí recuerda el autor, además, que es la propia filosofía de Heidegger la que, ya desde su primera docencia en Friburgo, al hilo de su ensayo de fenomenología hermenéutica del vivir fáctico —que postula programáticamente la necesidad de desplegar las posibilidades del trabajo filosófico desde la propia situación de la existencia histórica—, la que hace

¹ Cfr. G. HEIDEGGER (ed.), «Mein liebes Seelschen!» *Briefe Martin Heideggers an seine Frau Elfriede 1915-1970*, München 2005 y A. DENKER/H. ZABOROWSKI (eds.), *Heidegger und der Nationalsozialismus I, Dokumente (= Heidegger-Jahrbuch 4)*, Freiburg/München 2009.





imposible disociar su pensamiento de su enclave fáctico y vital. El hecho de que Heidegger haya podido ver un nexo entre su quehacer filosófico y el devenir histórico concreto que se materializaba en la emergencia e imposición de un movimiento de raíz fascista y totalitario, urge a preguntar más bien por sus motivaciones y a plantear el sentido (o sinsentido), siquiera la posibilidad (o imposibilidad) de una tal vinculación.

La lectura de Zaborowski se contrapone, entonces, a otras dos interpretaciones que, en su carácter unilateral, se constituyen casi al modo de «tipos ideales» y vendrían a cerrar, en tanto que extremos, el arco de posiciones definidas ante el problema de la participación política de Heidegger en el nazismo. Por un lado, el autor hace ver la imposibilidad de ciertas lecturas que conciben el pensamiento de Heidegger —y no sólo los textos de 1933/34— como una «filosofía nazi», *i.e.* se dirige, en primer lugar, contra la opinión de que sus escritos no serían sino una caja de resonancia académica de la ideología nacionalsocialista. (O lo que es lo mismo, que la filosofía de Heidegger simplemente no es tal, *i.e.* no es filosofía alguna, pues la denominación «filosofía nazi» es, ciertamente, el «*hölzernes Eisen*» por antonomasia y lo que designa «nacionalsocialismo» repugna al concepto mismo de filosofía.) Por otro lado, se desmarca igualmente de las estilizaciones de Heidegger como «crítico radical del nazismo» que, no sin un cierto tono exculpatorio, enfatizan las disensiones que llevaron a Heidegger a abandonar el rectorado a los pocos meses de su nombramiento, así como el momento de crítica que encuentra expresión igualmente en algunas de sus lecciones y manuscritos en años posteriores.

Para ahondar en las posibles motivaciones de la participación política del filósofo, el autor refiere su contexto formativo vinculado a los sectores más decididamente reaccionarios del catolicismo finisecular, que pudo marcar el impulso cosmovisional del joven Heidegger y determinar ese «antimodernismo» que han destacado ya otros biógrafos del filósofo (Zaborowski habla incluso de su «*antimoderne*» o «*antimodernistische Befindlichkeit*»). Asimismo, resalta la propia radicalidad de su proyecto filosófico, su carácter intransigente y extremadamente crítico con el «estado de cosas» y el quehacer de la filosofía académica de su

tiempo, pero sobre todo su radical indefinición e indiferencia práctica y política². Otro de los complejos que apunta como relevante para entender las posibles motivaciones de Heidegger a la hora de intervenir políticamente y asumir el rectorado de la Universidad de Friburgo, fue su convicción —documentada en sus lecciones y su correspondencia a lo largo de la década de los 20— de la necesidad de una reforma de la universidad y su interés por las discusiones en torno a la política educativa y académica. Este punto es especialmente importante pues señala el ámbito en el que se desarrollará —y que delimitará— la participación de Heidegger en el nazismo y, en cierta medida, en el que se despliegan —y al que se reducen— las reflexiones específicamente políticas del filósofo. En última instancia, como señala Zaborowski, las escasas alusiones de Heidegger a acontecimientos políticos o de actualidad (a la *Zeitgeschichte*) se refieren por lo común a cuestiones vinculadas a la universidad, a la política educativa o, en general, al mundo del espíritu que constituía «su campo de experiencia inmediato». Esta restricción (una «*perspektivistische Verengung*» según ZABOROWSKI, p. 125) se traduciría consecuentemente para el autor en una «muy limitada comprensión del mundo de la *Realpolitik*» (*ibid.*, p. 156)³. En el análisis de la correspondencia privada con su esposa y con E. Blochmann, así como en sus cartas al historiador del arte K. Bauch

² K. Löwith recordaba ese carácter de la filosofía heideggeriana, «indeterminado en cuanto al contenido», de «pura resolución sin objeto», a la que respondía la ocurrencia de uno de los asistentes a sus cursos: «Estoy resuelto, pero no sé a qué». Y en ese sentido comentaba también, acerca de la «particular ambigüedad» del texto sobre la *Autoafirmación de la universidad alemana*, que «al final del discurso uno no sabe si coger la edición de los Presocráticos de Diels o marchar con las SA.» K. LÖWITH, *Mein Leben in Deutschland vor und nach 1933. Ein Bericht*, Stuttgart 1986, pp. 29 y 33.

³ Aunque desde un punto de vista bien diferente, e incidiendo en las motivaciones personales del filósofo tal y como se reflejan en la correspondencia con su esposa, también este aspecto será comentado por Badiou y Cassin (cf. Capítulo 6: «Maquinaciones y carrera», p. 73 y ss.).

y al teólogo R. Bultmann se explicita su inicial distancia con el partido y sus ideólogos (*v. g.* aún en 1932 escribía a Bultmann: «no soy miembro de ese partido y nunca lo seré»; *ibid.*, p. 211); pero también, según los mismos testimonios, Heidegger no descarta que sea precisamente este movimiento el que efectúe la renovación universitaria y, en general, espiritual y cultural que ansiaba y que lo persuade de concebir a los nazis como «un mal menor» (*sic! - ibid.*, p. 229), como algo en última instancia «preferible» al modelo cultural y académico de la República de Weimar. En este sentido escribe *e. g.* a su esposa en junio de 1932 que, a pesar de todas las posibles reticencias ante el partido y el movimiento nazi, «siempre será mejor que este nefasto envenenamiento al que en las últimas décadas hemos estado expuestos bajo el lema de ‘cultura’ y ‘espíritu’»⁴. A partir de ahí, el relato de Zaborowski ilumina con rigor histórico y contundencia en el manejo de las fuentes las incidencias de su toma de partido, también aspectos poco tratados en la discusión de la implicación política de Heidegger. Así, reconstruye con especial detalle los azares de su nombramiento como rector de Friburgo y su ambigua relación con las autoridades educativas y con el partido nazi; asimismo discute el ambiente intelectual e ideológico sumamente hostil a Heidegger que determina la recepción de su pensamiento desde su asunción del rectorado y durante la dictadura nacionalsocialista, y describe su situación tras la II Guerra Mundial hasta su jubilación como profesor emérito, exponiendo las consecuencias para el pensador de los procesos de desnazificación de la universidad, la prohibición de su actividad docente y su posterior rehabilitación.

Junto con el detalle en el manejo de la documentación destaca, además, el intento de Zaborowski de desarrollar una hermenéutica que se adecue objetivamente a la problemática (una «*sach-gemäße Hermeneutik*»). Para ello, el autor lleva a cabo un minucioso análisis de los textos relevantes de la producción del filósofo durante la época. En el capítulo dedicado al discurso del

⁴ G. HEIDEGGER, ed., *op. cit.*, p. 180. Cf. ZABOROWSKI, p. 228 y s.

rectorado constata la indeterminación política del texto y la habilidad de Heidegger para registrar una esquiiva propuesta filosófica que pudiera integrarse en el discurso hegemónico del movimiento, sin representar una clara ruptura, pero que, a su vez, mantuviera las distancias con el vocabulario y el ideario fascista —lo que, por otra parte, le valió las críticas de buena parte del «*establishment*» académico nazi y la acusación de practicar un «nacionalsocialismo privado». Sin embargo, tras su nombramiento como rector, tal y como lo expone Zaborowski, su discurso se radicaliza, de tal manera que Heidegger habría abandonado aquella ambigüedad de la que hablaba Löwith y, como atestiguan los documentos que el autor trae a colación, habría incurrido en lo que podría considerarse una «dejación de funciones» como filósofo en tanto que la más inmediata literalidad de algunos de sus escritos, cartas y discursos, vendría a dar expresión a su voluntad de identificación con el proyecto nacionalsocialista y con la figura del *Führer*, y en palabras del autor, manifestaría «una subordinación ideológica del pensamiento filosófico bajo ideas políticas totalitarias» (*ibid.*, p. 408). El minucioso y diferenciado análisis crítico de las charlas y discursos de índole más explícitamente política, o de los seminarios de los años 1933 y 1934, presenta un retrato del pensamiento heideggeriano que implica más bien una ruptura no sólo con su concepto de filosofía, sino también con el carácter y la articulación de sus anteriores reflexiones acerca del fenómeno social y político de los años 20, con la idea de comunidad esbozada en *Ser y tiempo* e incluso con la propuesta —en sí misma problemática e inconsecuente— del discurso de rectorado. Aquí el autor presenta en toda su crudeza esas aserciones de Heidegger, que comprenden incluso vergonzosos escarceos con el ideario de «la sangre y la tierra» (*cf. ibid.*, p. 355 y ss.). Según su lectura, ya no cabe en este contexto «autoafirmación» de la universidad, ni de la ciencia, al cabo tampoco de la filosofía — que más bien han de propiciar ahora su voluntario sometimiento al principio rector del *Führer* y «autodisolverse» en la movilización total de la sociedad alemana. — Y, sin embargo, no tarda Heidegger en comprender lo insostenible de su posición y el error de su incursión política. El libro de Zaborowski documenta el cambio





de actitud del filósofo, su abandono de la esfera pública y de sus ocupaciones en la burocracia académica y universitaria, su alejamiento del movimiento y la paulatina consunción de toda simpatía por el *Führer*, la consciencia del fracaso de su acercamiento a la política universitaria de la mano de los nazis y de la inviabilidad del concepto de filosofía expuesto en aquellos textos, las derivas en su lenguaje —*v.g.* el que a partir de mediados de los 30 ya no se trate del destino del pueblo alemán, sino del de Europa u Occidente—, su confrontación con Nietzsche y con Hölderlin y sus consecuencias críticas frente al movimiento nazi (identificado ya éste en clave ontológica como un elemento epocal más de la imposición de la «esencia de la técnica»).

La monografía de Zaborowski se mantiene en todo momento en esa tensión: sin escamotear la crudeza de las expresiones del propio Heidegger, dejando abierta así la posibilidad de considerar críticamente esos escritos que forman parte del corpus de su obra, pero sin guiar su interpretación por una valoración a priori que signifique una enmienda a la totalidad del pensamiento heideggeriano. De ahí, por tanto, el esfuerzo por identificar las motivaciones intelectuales que quizás pudieron converger en su decisión de participar políticamente como rector de su universidad y en una valoración de la situación histórica a todas luces errónea, como el propio Heidegger terminaría reconociendo. En esa tensión, Zaborowski consigue situar su interpretación en un punto equidistante entre lo que considera la «crítica radical» de los detractores y la «apología naif» de algunos de sus discípulos.

Aunque motivado por intereses y principios hermenéuticos y analíticos bien diferentes, el libro de Alain Badiou y Barbara Cassin pretende moverse precisamente en esas mismas coordenadas en lo que tiene que ver con la implicación política de Heidegger en el nacionalsocialismo. En consecuencia, aspira a mantenerse a una prudente distancia tanto de «sus defensores incondicionales», *i.e.* de los «heideggerianos devotos», como de los «censores demócratas», *i.e.* de los «fiscales encarnizados» y su «retorcida y frágil» exégesis (cf. BADIOU/CASSIN, pp. 48 ss. y 19 s.). Para estos autores, sólo en esa equidistancia le es dado al intérprete plantear el problema de la

intervención heideggeriana en el nacionalsocialismo, un problema que para ellos se concentra en la siguiente «paradoja»: «sí, Heidegger fue nazi, no un nazi de primera importancia, sino un nazi común y corriente, un pequeñoburgués nazi de provincia. Sí, Heidegger es, sin ninguna duda, uno de los filósofos más importantes del siglo xx» (*ibid.*, p. 27 y s.). Es por tanto ésa «la verdadera cuestión»: «Heidegger es [...] un gran filósofo, que fue también, y al mismo tiempo, un nazi absolutamente común y corriente. Es así. ¡Que la filosofía se las arregle! No saldrá bien librada ni con la negación de los hechos ni con la excomunión» (*ibid.*, p. 51 y s.).

Badiou y Cassin se interesan particularmente por la asimetría existente entre la grandeza y creatividad del pensamiento heideggeriano y «la particularidad corta de miras de un profesor de provincias» (*ibid.*, p. 52) que habría guiado al filósofo en su incursión política. En el marco de esta correlación dialéctica entre «lo grande» y «lo pequeño», que para los autores se manifiesta en los diferentes aspectos reflejados en las cartas a su esposa e interpretados por ellos en aquel prólogo censurado (*i.e.* no sólo respecto al nazismo, sino también en lo que toca a su relación con las mujeres o a los avatares de su carrera universitaria), Heidegger habría mostrado una tenaz inclinación a sublimar la contingencia de sus propias decisiones, los prosaicos intereses tras sus actuaciones o los azares de su carrera académica en un discurso que recurre con tono trágico a su conceptualidad filosófica y los reinterpreta entonces en términos de resolución y destino. Es por eso que, en relación con su actitud frente al nazismo, comentan que «si a Heidegger puede declarárselo culpable de algo, no es de su retiro en el pensar [...], sino únicamente del hecho de haberse creído en la necesidad de envolver en cierta fraseología, en la que arriesgaba algunos de sus conceptos, su fascinación circunstancial por la acción y el poder, aunque la oportunidad de ese compromiso fuera notoriamente criminal» (*ibid.*, p. 12). Y es que, en última instancia, como enfatiza Badiou: «El compromiso propiamente político de Heidegger, si se lo juzga en función de lo que es su filosofía, fue pues 'circunstancial'» (*ibid.*, p. 15).

Sobra quizás decir que ni la propuesta hermenéutica de Zaborowski, ni el enfoque socio-psicoanalítico de Badiou y Cassin agotan

el problema de la implicación de Heidegger en el nazismo. Su contribución consistiría, más bien, en situar la discusión en un terreno propicio al planteamiento mismo del problema. Y es que sus lecturas, tan dispares, pero tan distanciadas ambas de las posiciones extremas que monopolizan el debate —tan alejadas, por tanto, de la «hagiografía», como de la «caza de brujas»—, formulan el asunto en los términos en los que quizás tuvo algún sentido plantearse siquiera la cuestión: en los mismos términos con que *v.g.* Habermas, hace ahora 60 años, se preguntaba «cómo el autor de

«*Ser y tiempo*», el acontecimiento filosófico más significativo desde la «*Fenomenología*» de Hegel, cómo un pensador de este rango pudo haber caído en un tan evidente primitivismo...»⁵.

El denominado «caso Heidegger» no queda, por tanto, definitivamente zanjado en estas nuevas interpretaciones — pero es que nunca llegó a estar del todo claro en qué habría de consistir en general su resolución o cómo podría quedar al cabo decidido el asunto.

José M. GARCÍA GÓMEZ DEL VALLE



⁵ J. HABERMAS, «Mit Heidegger gegen Heidegger denken. Zur Veröffentlichung von Vorlesungen aus dem Jahre 1935» (*FAZ*, 25/07/1953), en: *id.*, *Philosophisch-politische Profile*, Frankfurt/M. 1971, p. 67.